

Rod Dreher



LA
OPCIÓN
BENEDICTINA

UNA ESTRATEGIA PARA LOS CRISTIANOS
EN UNA SOCIEDAD POSTCRISTIANA



100XUNO

La opción benedictina



100XUNO

Rod Dreher

La opción benedictina

Una estrategia para los cristianos
en una sociedad postcristiana

Traducción de Consuelo del Val

Prólogo a la edición española de Agustín Domingo Moratalla



© de la edición original: Rod Dreher, 2017

© de la presente edición: Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2018

Publicado por acuerdo con David Black Literary Agency e International Editors' Co.

© Prólogo a la edición española: Agustín Domingo Moratalla

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 38

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-9055-731-0

Depósito Legal: M-31617-2018

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

A Ken Myers

ÍNDICE

PRÓLOGO a la edición española	11
INTRODUCCIÓN. El despertar	23
CAPÍTULO I. El diluvio universal	29
CAPÍTULO II. Las raíces de la crisis	45
CAPÍTULO III. Una regla de vida	75
CAPÍTULO IV. Una nueva política cristiana	107
CAPÍTULO V. Una Iglesia para la eternidad	131
CAPÍTULO VI. La idea de una aldea cristiana	157
CAPÍTULO VII. La educación como formación cristiana	181
CAPÍTULO VIII. Manos a la obra, el trabajo será duro	217
CAPÍTULO IX. El eros y la nueva contracultura cristiana	237
CAPÍTULO X. El hombre y la máquina	263
CONCLUSIÓN. La apuesta por la opción benedictina	287
AGRADECIMIENTOS	295
ÍNDICE DE NOMBRES Y TÉRMINOS	297

«Levantémonos, pues, de una vez,
que la Escritura nos despierta diciendo:
'Ya es hora de espabilarse' (Rm 13,11)».

Regla de san Benito

PRÓLOGO

AUNQUE ES DE NOCHE

Las páginas que el lector tiene entre sus manos han sido escritas por un apasionado y combativo periodista norteamericano llamado Ray Oliver Dreher, conocido como «Rod Dreher». Salieron a la luz en el año 2017, cuando su autor cumplía cincuenta años y en ellas recoge de forma sistemática un conjunto de ideas sugerentes sobre el futuro del cristianismo en una civilización que, a su juicio, vive en la oscuridad porque ha dejado de ser cristiana. Como periodista, Dreher ha sido editor responsable de uno de los medios de comunicación más importantes de la vida social, política y cultural norteamericana: *The American Conservative*. No es el primer libro en el que recoge sus reflexiones, pero sí el primero que ha generado una gran polémica entre las distintas confesiones religiosas al proponer la «opción benedictina» para el futuro de los católicos que deseen vivir con radicalidad y autenticidad su fe.

Para quienes no lo conozcan, además de incisivo escritor, Rod es un periodista que interviene en diferentes medios de comunicación (televisión, radio, blogs) para ofrecer la perspectiva de un ciudadano católico que quiere tomarse en serio su fe. Educado en la Iglesia metodista, se convirtió al catolicismo en cuyas aguas ha seguido buscando hasta identificarse con aquellas propuestas que él considera más

ortodoxas. En este sentido, estamos ante un escritor inconformista que con una arriesgada libertad de espíritu denuncia las concesiones que las diferentes confesiones cristianas han hecho a la «cultura moderna». Entendiendo por «cultura moderna» el conjunto indiferenciado de ideas que van desde el cientificismo de la razón instrumental hasta el liberalismo, pasando por la Ilustración y la Revolución Sexual.

Esta libertad de espíritu no se aquieta con la llegada a las seguras orillas del conservadurismo o republicanismismo. Por eso no nos ajustaríamos a la verdad si dijéramos, simplemente, que es un escritor conservador y crítico de la modernidad. Él se define como socialconservador y quizá sea más preciso si lo catalogamos como un escritor que busca la autenticidad de la fe cristiana en formas de vida ortodoxas.

Desde esta autenticidad puede entenderse mejor el carácter inconformista y contracultural de su propuesta. A diferencia de otros intelectuales cuyas propuestas son teóricas o especulativas, estamos ante una propuesta práctica. No estamos ante un simple ejercicio intelectual en el que se nos invita a imaginarnos el modo de vida benedictino en plena edad secular, en terminología de Charles Taylor. Estamos ante la propuesta de un modo de vivir diferente, un modo de vivir conforme a las Escrituras, la tradición y el modelo de vida que propone san Benito. Estamos ante una propuesta culturalmente provocadora y socialmente intempestiva. Aunque parezca una locura pretender vivir en comunidades benedictinas y aunque parezca una nueva utopía, Dreher recuerda que hay personas, familias y comunidades que ya están aplicando en sus vidas la «opción benedictina».

El libro tiene la finalidad de organizar y sistematizar estos proyectos de vida que son exitosos pero están dispersos. Además, no los presenta como «obligación» sino como «opción». Es consciente de que el éxito de su propuesta pasa por la libertad de conciencia y la responsabilidad de quienes quieren vivir con autenticidad las exigencias de su fe. Una opción que solo puede darse en sociedades abiertas que garanticen la libertad religiosa. Por eso, cuando en el capítulo IV

plantea la necesidad de una nueva política cristiana, deja bien claro que la libertad religiosa es un punto central en su propuesta: «La libertad religiosa es de una importancia crítica para la opción benedictina. Sin una defensa sólida y exitosa de las garantías que ampara la Primera Enmienda, los cristianos no podremos edificar las instituciones comunitarias que son la clave para preservar nuestra identidad y nuestros valores. Es más, los cristianos que no actúen con determinación en esta pugna por la libertad están malgastando un tiempo valiosísimo, un tiempo que se puede acabar antes de lo que pensamos».

¿Qué tiene san Benito que no tengan otros santos como san Bernardo, santa Teresa o san Ignacio? La respuesta puede ser sencilla y, de hecho, Dreher la explica en el capítulo III: una regla de vida. Con la regla, además de referirse a una forma de vida caracterizada por el orden, la oración, el trabajo, el ascetismo, la estabilidad, la hospitalidad y el equilibrio, señala el potencial que tiene la opción benedictina para evitar el desarraigo comunitario. En sociedades individualistas, atomizadas, fragmentarias y líquidas, cada vez es más habitual la marginación, el abandono, la exclusión y la soledad. Aunque ya hay iniciativas de vida comunitaria, este potencial comunitario merece mayor reconocimiento y valoración.

Además del modo de vida benedictino, Dreher reconoce que con la apelación a san Benito no solo hay una propuesta comunitaria para vivir la fe, sino la apelación a una figura simbólica para afrontar los retos de la cultura contemporánea, en especial la filosofía y la teología. Para la filosofía porque en la última página de *Tras la virtud*, a principio de los años ochenta del siglo pasado, Alasdair MacIntyre anhela la llegada de otro san Benito. Para la teología porque el cardenal Joseph Ratzinger elige el nombre de «Benedicto XVI» para su pontificado. Ambos fijan su atención en san Benito porque con él se produce un giro histórico y cultural importante: en lugar de apuntalar un Imperio romano que se desmoronaba, decidió «construir nuevas formas de vida donde moralidad y civilidad sobrevivieran a las épocas de barbarie y oscuridad que se avecinaban».

Mientras que los diagnósticos de la crisis de la modernidad que realizan MacIntyre y Ratzinger son complejos, Dreher simplifica las interpretaciones históricas para centrarse divulgativa y combativamente en la opción benedictina. Lo bueno de este ensayo no está en la excesiva simplicidad y esquematismo con los que describe en el capítulo II las raíces de la crisis, sino en la provocativa intención de despertar y animar a la iglesia para vivir las raíces de la fe, tanto en pensamiento como en obra. Ha escrito este libro, afirma en la introducción, «para despertar y animar a la Iglesia a fortalecerse mientras nos quede tiempo. Si queremos sobrevivir, tenemos que regresar a las raíces de nuestra fe, tanto en pensamiento como en obra. Vamos a tener que educar nuestro corazón en hábitos ya olvidados en la Iglesia de Occidente. Vamos a tener que cambiar nuestras vidas y nuestra perspectiva de forma radical. En definitiva, *vamos a tener que ser Iglesia*, sin concesiones, cueste lo que cueste».

Esta voluntad de despertar y animar no se concreta en una agenda política determinada, en un manual de espiritualidad o en un conjunto de lamentaciones por la agonía de lo que fue en algún momento y ya no es. Se concreta en diez capítulos llenos de experiencias comunitarias, sugerencias culturales y provocaciones para vivir en un tiempo que Charles Taylor ha descrito como «era secular». Definido por su propio autor, «el libro es una crítica a la cultura moderna desde el punto de vista cristiano, pero sobre todo, presenta las iniciativas de cristianos conservadores que abren caminos creativos para vivir la fe a contracorriente y con alegría, a pesar de la oscuridad de los tiempos. Lo escribo con la esperanza de que te inspiren y te muevan a colaborar con los cristianos de tu entorno que también piensen así para responder a los retos a los que se enfrenta la Iglesia día a día. Tenemos que lanzarnos a actuar si la sal pierde su sabor. Ya es tarde, esto no es un simulacro».

Como afirma en las últimas páginas, la opción benedictina no es una técnica para revertir las pérdidas, no propone una estrategia para retrasar el reloj y volver a una edad de oro imaginaria, tampoco un plan para reconstruir comunidades de puros aislados del mundo real.

Como afirma literalmente: «es una llamada para emprender la larga y paciente tarea de reclamar el mundo real a la vida moderna y liberarlo de su artificio, su alienación y su atomización».

Para facilitar su lectura, entender mejor el diagnóstico que realiza y responder al desafío que nos lanza, propongo cinco claves interpretativas.

1ª.- El efecto Tocqueville. Recordemos que en el siglo XIX Alexis de Tocqueville publica *La democracia en América*, todo un clásico de la filosofía política contemporánea donde valora el papel de las diferentes confesiones religiosas en la consolidación de las instituciones democráticas. Con ello reconoce la legitimidad de las confesiones religiosas para participar en la vida pública y construir una ciudadanía democrática. En la sociedad norteamericana los diferentes credos religiosos no solo coexisten y ofrecen alternativas diferentes de vida buena sino que promueven iniciativas de justicia social y bien común. Con ello se fortalece una moral pública con la que se alimentan las instituciones democráticas y se construye una ciudadanía activa.

Al lector español puede sorprenderle la pluralidad de confesiones que aparecen en el libro de Dreher, incluso puede quedar desconcertado por los cambios de confesión religiosa de algunos personajes citados. La constatación de la pluralidad de confesiones religiosas y el reconocimiento público de su valor es un dato que no puede pasar desapercibido en contextos culturales y socio-políticos donde el laicismo de combate aprovecha la conquista de las instituciones públicas (Estado, administraciones públicas, medios de comunicación públicos) para deslegitimar la contribución de las confesiones religiosas al fortalecimiento de los valores constitucionales. Aunque el libro no entra en ningún momento al debate sobre el tipo de laicidad (sea «de combate» o laicismo beligerante, o simple laicidad positiva) que necesitan las democracias occidentales, sus reflexiones se entienden mejor en sociedades de pluralismo constitucionalmente consolidado y no de pluralismo cíclicamente cuestionado.

2ª.- *La controversia entre liberalismo y comunitarismo*. Recordemos que a finales del siglo XX se hizo famosa la controversia entre los liberales, que pretenden el fortalecimiento de la democracia centrándose en la idea de justicia sin cuestionar el individualismo, y los comunitaristas, que pretenden el fortalecimiento de la democracia desde nociones compartidas del bien que cuestionan el individualismo moderno. Mientras los primeros tenían en la *Teoría de la Justicia* de John Rawls su libro de cabecera, los segundos optaron por *Tras la virtud*, de Alasdair MacIntyre. Aunque la controversia es más compleja de lo que a primera vista puede parecer, Dreher se sitúa claramente en el equipo comunitario y sus planteamientos son una crítica radical al individualismo liberal.

En esta crítica radical al liberalismo hay otra clave que no puede pasar desapercibida. Dreher puede realizar estas críticas porque disfruta de los mimbres institucionales del liberalismo «político», es decir, vive en una sociedad abierta y con las garantías de una democracia liberal. Sin estos mimbres institucionales del liberalismo «político», resulta difícil cuestionar cualquier variante del liberalismo filosófico, del comunitarismo moral, del feminismo eco-socialista o incluso del comunismo más radical.

Este argumento es significativo en el contexto cultural europeo y eclesial porque no son nuevas las críticas al liberalismo «filosófico». De hecho, la historia del conservadurismo anti-ilustrado y el integristo religioso anti-moderno también demonizaron al liberalismo. Si Dreher conociera con mayor detalle y profundidad la historia de estas tradiciones quizá hubiera encontrado pistas para hacer más atractiva su propuesta en Europa o Iberoamérica. Se equivocan quienes lean su crítica al liberalismo en clave integrista porque la opción benedictina no invita a mirar el pasado sino afrontar el futuro con la combativa, discreta y razonable esperanza que mantuvo la fe de Charles Péguy, Emmanuel Mounier o Jacques Maritain.

3ª.- *La sustitución del «yo moral» por el «yo psicológico»*. Dreher ha comprobado que en la transmisión del cristianismo realizada

durante las últimas décadas se ha producido una sustitución del «yo moral» por el «yo psicológico», es decir, una despersonalización de la vida moral en detrimento de una individualización y atomización. La Iglesia no ha sido una excepción en este camino de psicologizar la moral y, a juicio de Dreher, parece menos preocupada por la formación de almas que por organizar un «*catering* espiritual». Por eso se ha producido lo que algunas investigaciones citadas por Dreher han calificado como «deísmo moralista terapéutico». Utiliza esta expresión para describir el tipo de religiosidad de los jóvenes. Lo describe como una religiosidad sentimentaloides donde Dios quiere que la gente sea buena, amable y justa con los demás; una religiosidad «a la carta» donde el principal objetivo de la vida es ser feliz y sentirnos bien con nosotros mismos. Es la religión natural de una cultura que venera al yo y al bienestar material. Dreher se pregunta en qué medida esta religiosidad no es solo la de nuestros hijos sino la nuestra.

En esta moralidad epidérmica parece que la sociedad no es más que la suma de individuos autónomos que solo quieren pasarlo bien. Es la suma del individualismo liberal y el capitalismo consumista. Con ello se produce un olvido de las raíces antropológicas y metafísicas de la moral, como si la identidad moral fuera algo de lo que se tuviera que huir, como si tuviéramos que resignarnos a éticas indoloras. En este contexto educativo, la opción benedictina supone una crítica radical a la ideología de género, la Revolución Sexual, la autonomía sexual y lo que suponga un olvido de las bases biológicas de la vida moral. Bases biológicas que exigen preguntarse por los límites que la naturaleza nos impone, «¿nos vienen impuestos o somos libres para hacer lo que deseamos?». Deben ser reconocidos y no quedarnos únicamente en posiciones moralistas que critican esta Revolución Sexual donde progresivamente se está produciendo una «pornificación del espacio público». Para Dreher, los historiadores del futuro se preguntarán cómo los deseos sexuales de solo el tres o el cuatro por ciento de la población han dado la vuelta a toda una cosmovisión y han terminado derrocándola.

Para eso es importante recordar que la doctrina sexual cristiana no se reduce a una lista de prohibiciones ni puede ser caricaturizada haciendo de ella un aburrido moralismo. Todo un reto para los cristianos que, si queremos evitar las distorsiones y los descréditos, debemos esforzarnos en contar mejor nuestra historia: «la belleza y el bien encarnados en el arte, en la ficción y en la vida ordinaria de los cristianos, célibes y casados, es la única opción a la que atenerse».

4ª.- *La encrucijada educativa y laboral.* Sin la clave educativa no entenderíamos la opción de benedictina: «tenemos que centrarnos sin titubeos en la educación». Ahora bien, los educadores católicos nos encontramos ante una encrucijada porque no podemos contentarnos con mantenernos a flote en la modernidad líquida. ¿Podemos seguir aceptando la separación moderna entre aprendizaje y virtud? ¿Qué tipo de escuela católica buscamos?

Para Dreher la respuesta es sencilla: «Una educación como Dios manda», lo que no solo significa empezar a crear una contracultura académica en el conjunto del sistema educativo sino empezar a distinguir entre una escuela cristiana «estándar» y una escuela cristiana «clásica». La primera comparte los presupuestos antropológicos del modelo de escuela moderna preocupada por preparar a los alumnos para el mercado laboral, garantizarles una vida segura y ayudarles a que cumplan sus metas, sean las que sean. Eso sí, «añade clases de Religión y algo de oración». La segunda no es fácil de encontrar y exige mayor determinación para las familias, incluso plantearse la posibilidad de educar a los hijos en la propia casa con la propia comunidad religiosa.

En todo caso, recuerda que no hay ningún enclave educativo seguro y propone la fundación de escuelas cristianas «clásicas» donde la religión no sea un barniz o un escudo defensivo. Además de una sincera devoción personal a Cristo, adopta el enfoque de los Grandes Libros, propone una comunidad de estudiantes y familias, adentra a los jóvenes en la historia de Occidente, forma estudiantes que «anhelen el

bien, la verdad y la belleza y que persigan descubrir intelectualmente estas metas». Aunque esté creado por fieles de una determinada confesión, este modelo clásico está abierto a otras confesiones y puede potenciar un sano ecumenismo «en el que todos sumemos nuestras fuerzas frente al enemigo común», como si se tratara de un «ecumenismo de trincheras» contra el ateísmo y el secularismo.

La encrucijada también es laboral porque invita a recuperar la dimensión vocacional de la vida profesional y hacerlo con audacia, astucia y prudencia. La tradición benedictina facilita una nueva ética del trabajo, de las empresas y, en general de la actividad económica. Resulta interesante la propuesta de forjar redes de profesionales cristianos y potenciar modelos económicos alternativos que pongan en práctica la Doctrina Social de la Iglesia. A diferencia de los liberal-conservadores, Dreher se define con «socialconservador» y comparte las críticas que la Iglesia hace al neoliberalismo y capitalismo. Se sitúa en una posición contracultural políticamente innovadora y difícil de catalogar entre los partidos políticos tradicionales. De hecho, pide buscar alternativas con la convicción de que «el poder político no es un desinfectante moral». En este sentido, un creyente conservador no puede caer en el error de centrarse en la política y creer que la cultura se las arreglará sola. Para Dreher, «Trump no va a solucionar el declive cultural americano: él mismo es un síntoma de ese problema».

5ª.- *Capital social y hábitos del corazón*. Si tuviéramos que situar este libro en el conjunto de las ciencias sociales tendríamos que presentarlo como un ensayo sobre el capital social. En concreto, la opción benedictina sería la fórmula que ha elegido Dreher para descubrir, promover y potenciar el capital social. Aunque haya diferentes enfoques o teorías del capital social, con este término describimos los niveles de confianza, cohesión, mutualidad y fortaleza de los vínculos que hay en una determinada sociedad. A diferencia de otros capitales como el natural, el financiero o el formativo (humano), el

capital social describe la calidad de los vínculos o relaciones sociales en términos de «confianza». También podemos decir que la opción benedictina busca fortalecer prácticas de ciudadanía que la filosofía social ha descrito como «hábitos del corazón».

Desde la introducción hasta el final, Dreher quiere desarrollar soluciones comunitarias creativas porque no le basta con denunciar la cultura y formas de vida consumista, es preciso dar un paso más y proponer una nueva cultura que no genere simples «enclaves de estilos de vida» (grupos de consumidores) sino verdaderas «comunidades de memoria» (grupos que comparten opciones últimas de sentido). No importa que sean pequeñas, imperfectas o locales pero hay que ponerse «manos a la obra». Como ciudadano, además de cumplir con las obligaciones, hay que realizar actividades que nos gusten disponiéndonos a tomar riesgos o fracasar sin hundirnos. Con una advertencia clara: «ama la comunidad, pero no la idolatres». Una sólida red comunitaria «genera el capital social necesario para formar una escuela o para reformar y poner en funcionamiento una ya existente».

No he seleccionado estas claves para resumir o sintetizar las propuestas de Dreher sino para despertar la curiosidad e interés por su lectura. No voy a entrar a valorar el tono provocativo y a veces apocalíptico con el que se nos presenta la opción benedictina porque el lector lo descubrirá desde la primera línea. Tampoco el protagonismo que otorga a las Escrituras o la regla en la invitación que realiza para crear nuevas comunidades. Ni siquiera voy a entrar a valorar la crítica que realiza a la mecanización de los cerebros que han producido las tecnologías de la información. Me he limitado a estas cinco claves porque quiero que los lectores no solo lean este libro sino que lo utilicen para clarificar su posición en los debates éticos, políticos, culturales y religiosos de su vida cotidiana. No estamos ante un sesudo ensayo donde se critica despiadadamente la modernidad, sino ante un ensayo provocativo, fácil de leer y discutible en muchas de sus afirmaciones.

Sería preocupante que estas páginas nos dejaran indiferentes porque lo que en ellas se dice afecta directamente al corazón de nuestras

creencias. Aunque no compartamos sus ideas o interpretaciones de la cultura occidental, estas páginas suponen todo un reto para nuestra creencias sociales, éticas y religiosas. Y son una interpelación para que, de la misma forma que ha hecho Dreher con las confesiones religiosas norteamericanas, descubramos las diferentes opciones benedictinas que tenemos a mano en nuestro entorno.

La historia de las comunidades religiosas europeas está llena de numerosas «opciones benedictinas» que no siempre hemos identificado, conocido, degustado y aprovechado para renovar nuestra anémica cultura política. Nos atrevemos a pensar que Dreher puede tender un puente con esas comunidades europeas al elegir un precioso texto de Maritain para describir la opción benedictina. No la describe como un «castillo fortificado», sino como un «ejército de estrellas» arrojadas al cielo. Siguiendo con el poder reflexivo de estas metáforas propias del campo semántico de la luz para estos tiempos de oscuridad, no estaría mal que empezásemos esta reinterpretación de nuestras creencias con san Juan de la Cruz, sobre todo con su poesía y ese fecundante verso que enciende la esperanza y da título a este prólogo: «Aunque es de noche...».

Agustín Domingo Moratalla

INTRODUCCIÓN

EL DESPERTAR

La mayor parte de mi vida adulta ha estado marcada por mi fe cristiana y por mi compromiso con el conservadurismo. Hasta que mi esposa y yo dimos la bienvenida al mundo a nuestro primogénito en 1999, no veía contradicción alguna, pero nada nos cambia más la forma de ver la vida que tener que pensar qué mundo vamos a dejar a nuestros hijos. Y eso fue lo que me pasó.

Cuando Matthew estaba aprendiendo a caminar, me percaté de que mi opinión política estaba cambiando: quería educar a nuestro hijo según los principios del cristianismo tradicional. Comencé a preguntarme qué estaba conservando exactamente el conservadurismo predominante. Me di cuenta de que, en determinadas circunstancias, algunas de las causas por las que mis compañeros conservadores abogan —sobre todo su entusiasmo acrítico por el mercado— pueden socavar la institución que, como tradicionalista, considero prioritaria: la familia.

También veía que las Iglesias, incluida la mía, no plantaban cara eficazmente a las fuerzas de este declive cultural. El cristianismo tradicional e histórico, entendiendo por tal tanto al catolicismo como al protestantismo y la ortodoxia oriental, debería contrarrestar firmemente el individualismo y el secularismo radicales de la modernidad. Se suponía que los cristianos conservadores estaban batiéndose

en una guerra cultural, pero, salvo por el aborto y el matrimonio homosexual, apenas nadie se involucraba en tal lucha. Parecíamos satisfechos haciendo de capellanes de esta cultura consumista en la que se perdía rápidamente el sentido de lo que significa ser cristiano.

En mi libro de 2006 *Crunchy Cons*¹, en el que exploraba la sensibilidad particular del conservadurismo contracultural y tradicional, puse sobre la mesa la obra del filósofo Alasdair MacIntyre, que defendía que Occidente había soltado amarras y estaba a la deriva. Decía MacIntyre que había llegado el momento de que los hombres y mujeres de principios entendieran que quien aspire a llevar una vida virtuosa en el sentido tradicional no puede seguir participando plenamente en la sociedad de su tiempo. Estas personas, continuaba, darán con nuevas formas de vida en comunidad, tal y como san Benito, padre del monacato occidental en el siglo VI, respondió al colapso de la civilización romana fundando un orden monástico. Bauticé la estrategia de retirada defensiva que profetizó MacIntyre como la «opción benedictina». La idea es que los cristianos conservadores serios no pueden continuar como si nada en Estados Unidos, que tenemos que desarrollar soluciones comunitarias creativas que nos ayuden a aferrarnos a nuestra fe y a nuestros valores en un mundo que nos es cada vez más hostil. Tendríamos que optar entre dar un salto hacia una forma realmente contracultural de vivir el cristianismo o condenar a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos a la asimilación.

Durante estos últimos diez años he escrito intermitentemente sobre la opción benedictina, pero nunca cuajó fuera de un círculo relativamente pequeño de cristianos conservadores, mientras que la cantidad de *millennials* que abandonaban la Iglesia era inaudita en la historia de Estados Unidos. Y seguramente ni siquiera saben qué es lo que están rechazando: recientes estudios sociológicos indican que los jóvenes adultos desconocen casi por completo las enseñanzas y prácticas de nuestra histórica fe cristiana.

¹ Rod Dreher, *Crunchy cons. The new conservative counterculture and its return to roots*, Crown Publishing Group, Nueva York 2006.

El constante declive del cristianismo y la rampante hostilidad hacia los valores tradicionales alcanzaron un punto crítico en abril de 2015, cuando el estado de Indiana aprobó una versión de la Ley Federal de Restauración de la Libertad Religiosa. Esta ley se limitaba a permitir que los acusados por discriminación pudieran acogerse en su defensa a su derecho a la libertad religiosa, pero no les garantizaba que fueran a ganar el pleito. Los activistas por los derechos de los homosexuales hicieron mucho ruido tachando la ley de intolerante y, por primera vez en la historia, grandes empresas tomaron partido en la guerra cultural, posicionándose firmemente en defensa de los derechos homosexuales. Forzaron a Indiana a dar marcha atrás y una semana más tarde también cedió Arkansas.

Fue un punto de inflexión: demostró que si las grandes empresas se oponían, ni siquiera los políticos republicanos de los estados en los que tienen mayoría darían un paso al frente, ni siquiera uno tímido, en defensa de la libertad religiosa. Defender la ortodoxia bíblica del cristianismo en materia sexual se consideraba ahora de una intolerancia inadmisibles. Los conservadores cristianos estaban sentenciados. Este ya no era el país de siempre.

Y, apenas dos meses después, la Corte Suprema declaró el matrimonio homosexual un derecho constitucional. El pueblo americano, que a lo largo de la última década había dado un giro asombroso hacia la defensa de los derechos de los homosexuales, como el del matrimonio, acogió bien la decisión. En cuanto lo consiguieron, los activistas y sus aliados políticos, el Partido Demócrata, comenzaron a presionar por los derechos de los transexuales.

Tras el fallo de este caso, conocido como *Obergefell*, la sociedad verá a los cristianos que se ciñan a lo que la Biblia enseña sobre el sexo y el matrimonio como racistas —y cada vez con más respaldo de la ley—. La guerra cultural que comenzó en los años sesenta con la Revolución Sexual se salda ahora con la derrota de los cristianos conservadores. La izquierda cultural —o dicho de otro modo, la corriente dominante hoy en día— no tiene ninguna intención de

declarar la paz tras esta victoria. Sigue presionando con un empeño implacable, favorecido por la desorientación de los cristianos que no entienden qué está pasando. No te dejes engañar: en el mejor de los casos, la sorprendente victoria de Donald Trump solo nos concede un poco de tiempo para prepararnos para lo inevitable.

He escrito *La opción benedictina* para despertar y animar a la Iglesia a fortalecerse mientras nos quede tiempo. Si queremos sobrevivir, tenemos que regresar a las raíces de nuestra fe, tanto en pensamiento como en obra. Vamos a tener que educar nuestro corazón en hábitos ya olvidados en la Iglesia de Occidente. Vamos a tener que cambiar nuestras vidas y nuestra perspectiva de forma radical. En definitiva, *vamos a tener que ser Iglesia*, sin concesiones, cueste lo que cueste.

Este libro no ofrece una agenda política, ni es un manual de espiritualidad, ni el típico lamento por la agonía y la caída de lo que fue y ya no es. Es cierto que es una crítica a la cultura moderna desde un punto de vista cristiano, pero sobre todo presenta las iniciativas de cristianos conservadores que abren caminos creativos para vivir la fe a contracorriente y con alegría a pesar de la oscuridad de los tiempos. Lo escribo con la esperanza de que te inspiren y te muevan a colaborar con los cristianos de tu entorno que también piensen así para responder a los retos a los que se enfrenta la Iglesia día a día. Tenemos que lanzarnos a actuar si la sal pierde su sabor. Ya es tarde, esto no es un simulacro.

Alasdair MacIntyre decía que «esperamos la llegada de un nuevo san Benito, aunque obviamente muy diferente del primero». El filósofo se refería a un líder creativo e inspirado que muestre una nueva forma de vivir la tradición en comunidad para que esta sobreviva a estos tiempos de prueba. El papa emérito Benedicto XVI augura un mundo en el que la Iglesia vivirá en pequeños círculos de fieles comprometidos que viven su fe intensamente y que tendrán que desgajarse de la sociedad de algún modo para aferrarse a la verdad. Lee este libro, aprende de la gente que te presento en él y déjate inspirar por el testimonio de los monjes. Deja que te hablen al corazón y a la mente e involúcrate en tu entorno para fortalecer a tu familia, tu Iglesia, tu escuela, tu comunidad y a ti mismo.

En la primera parte de este libro, expondré el reto de la América poscristiana tal y como lo veo. Para ello exploraré las raíces filosóficas y teológicas de la fragmentación de nuestra sociedad y explicaré cómo nos pueden ayudar hoy las virtudes cristianas que san Benito compiló en su regla en el siglo VI, un libro monástico clave en la preservación de la cultura cristiana durante la denominada Edad Oscura.

En la segunda parte, abordaré cómo podemos adaptar la forma de vida cristiana que prescribe la regla para que los cristianos conservadores de todas las Iglesias y confesiones la apliquemos en los tiempos que corren. Para evitar equívocos de naturaleza política, usaré la palabra «ortodoxo», con «o» minúscula, para referirme a los protestantes, católicos y ortodoxos orientales fieles a su tradición teológica. La regla nos proporciona ideas para abordar la política, la fe, la familia, la comunidad, la educación y el trabajo. Voy a detallar cómo se pone de manifiesto en las vidas de numerosos cristianos de los que el resto de la Iglesia tanto tiene que aprender. Por último, analizaré la vital importancia de que los creyentes piensen y actúen con determinación frente a los dos fenómenos de mayor influencia en la vida contemporánea y que pulverizan los cimientos de la Iglesia: el sexo y la tecnología.

Finalmente, espero que estés de acuerdo conmigo en que estamos viviendo un tiempo decisivo para los cristianos. Las decisiones que tomamos hoy tendrán consecuencias en las vidas de nuestros descendientes, nación y civilización. Jesucristo prometió que el poder del infierno no derrotaría a su Iglesia, pero no dijo que no vencería a la Iglesia en *Occidente*. Depende de nosotros y de las decisiones que tomemos aquí y ahora.

Te invito, estimado lector, a que tengas en cuenta durante tu lectura que, quizás, quién sabe, ese nuevo Benito al que Dios llama a renovar y fortalecer a su Iglesia puedes ser tú.

Rod Dreher

CAPÍTULO I

EL DILUVIO UNIVERSAL

Nadie predijo el diluvio.

El periódico anunciaba que unas lluvias muy intensas se cernirían sobre el sur de Louisiana ese fin de semana de agosto de 2016; hasta ahí, nada raro. Louisiana es una región muy húmeda, especialmente en verano. El hombre del tiempo avisó de que podrían caer entre 80 y 150 mm de agua en cinco días.

Cuando la lluvia cesó, el área metropolitana de Baton Rouge estaba bajo casi un metro de agua. Los caudales de ríos y arroyos fluyeron sin control y se desbordaron, cubriendo con un torrente de lodo lugares que nadie imaginó que pudieran inundarse. Los vecinos tuvieron que huir en cuestión de minutos y buscar un refugio en zonas más altas. Algunos ni siquiera tuvieron tiempo más que para encaramarse con sus familias en el tejado de sus casas a la espera de que los encontraran los servicios de rescate.

Pasé el domingo de la inundación en un refugio improvisado de Baton Rouge. Mi hijo Lucas y yo ayudamos a los damnificados a bajar de los helicópteros de la Guardia Nacional y nos apuntamos a los escuadrones de voluntarios que alimentaban y asistían a los miles de refugiados que llegaban de toda el área circundante. Hombres, mujeres, familias, ancianos, ricos, muy pobres, blancos, negros,